



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 10.005

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjera.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

SABADO 9 DE MARZO DE 1895.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letra de fácil cobro.—Co-responsables en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jousé, Faubourg Montmartre, 31.

AVISO AL COMERCIO

El único Representante de la LEGIA JABONOSA marca MIRABET, en las provincias de Murcia y Albacete es:

D. CLARO VILLAR POLO
ANGEL 1, PRINCIPAL
CARTAGENA.

SASTRERIA DE JUAN DIAZ.

Sociedad en Comandita.—Mayor 1

Como fin de temporada se liquidan las existencias de invierno con un 50 por 100 de rebaja en los precios establecidos.

Trajes hechos y rusos para niños á precios convencionales.

Capas bien enteras embozos de novedad á precios sin competencia.

31—MAYOR—31

TRASLADO

El MUSEO COMERCIAL hasta ahora establecido en la Puerta de Murcia, Pasaje Conesa, se ha trasladado enfrente, plaza de Castellini, número 12, bajos del Círculo Católico.

MESCOLANZA.

Ni quito ni pongo rey, pero ayudo á mi señor.

Quitese lo de señor y sustituyase por amigos y cámbiese lo de rey por diputados y quedará, sin ponerle punto ni coma, lo que ha dicho el Presidente del Consejo al lugar-teniente de Cánovas, al discutirse el acta de Vendrell.

Por cierto que el Sr. Romero se ha escandalizado.

Es lo que él dice, recordando sus buenos tiempos de Antequera y de polio:

—Ayudar á los amigos desde las alturas no puede hacerse.

Esto cambia por completo mis ideas. Yo creía que la mejor manera de hacer subir á un hombre era echarle una mano; pero como esto resulta ilícito—según la opinión del más genial de nuestros políticos—no hay otro procedimiento para elevar á un hombre que el de arriar-le el hombro.

Hay otro medio: el de elevación por cuerdas y poleas; pero ese está anticuado y es de un efecto deplorable.

Realmente el Sr. Romero tiene razón.

En un país donde el voto es cosa agrada y está al abrigo de toda coacción; donde no se da un puñerazo porque no hay nadie que entienda esa faena, ni sepa lo más mínimo respecto á trampas; donde la voluntad es libre y el número respetado, es casi una heresia que se nos venga el Sr. Sagasta diciendo que es lógico, justo, razonable y lloito arriar el ascua á la propia sardina y dejar sin fuego la sardina del vecino.

¡Qué cosas más tremendas nos ha hecho conocer el debate de la famosa acta!

El protestor del diputado que recomendó á sus amigos el Sr. Sagasta es nada menos que el propio ca-sero del Presidente del Consejo de Ministros.

¡Parece mentira! Eso ya pasa de castaño oscuro. ¡No tener domicilio

propio el jefe del ministerio!... Eso ni se puede ni se debe tolerar.

El Sr. Sagasta debe dejar enseguida las riendas del gobierno, ceder la jefatura del partido liberal, marcharse á su casa á llorar su desventura, y, tal vez, cuando le veamos arrepentido de la mala partida que nos ha jugado, podremos perdonarle el hecho inverosímil de haber presidido un gobierno y de haber mandado un partido sin tener cuatro miserables piedras empinadas en forma de choza.

¡Cuanto nos ha enseñado eso de Vendrell!

Y á propósito. ¿Saben ustedes por donde cae eso y la importancia que tiene?

Desde que ha saltado lo de Cuba y se habla de Baire, pueblo desconocido para la generalidad, me ha entrado una gran afición por los estudios geográficos.

Y no crean ustedes que el conocimiento de esas cosas geográficas es fácil. Ahí está Baire como ejemplo de dificultades.

¿Saben ustedes la importancia de ese pueblo, donde se halla, el carácter de sus habitantes, su número y sus ocupaciones?

Puede que no. Yo he sido más afortunado. Baire es un poblado regular de Cuba que tiene 900 habitantes.

Eso lo dice un periódico; pero según otro, Baire es un pueblo de regular importancia y que consta de 4000 almas.

Ambos periódicos ponen el pueblo en el mismo punto, como si hubiera dos Baires superpuestos, pequeño el de arriba y grande el de abajo.

Eso de Baire me lleva sin vida.

Lo bueno será si después resulta que no hay tal Baire.

MARIO.

Después del baile

Martes de Carnaval... ¿cómo olvidarte si aun en mi corazón tu eco resuena, y siento al recordarte

un placer celestial que me enagena?

¡Noche, noche feliz la de aquel día en que mi alma, dormida ó trastornada, despertó del letargo en que yacía al escuchar la dulce melodía de música de amor nunca escuchada!

Jamás podré olvidarme, aunque

(quisiera, de aquella noche de feliz memoria en que por vez primera sentí de una pasión el loco anhelo, ni de su grata historia que comenzó en un vals, y bien pudiera terminar en el cielo, ó más allá del cielo todavía!

Describir el baile sería empresa superior á las fuerzas de un coloso, porque todo causaba la sorpresa de lo maravilloso.

Gasas, espejos, luces, resplandores, armenias, esmerla y colores, lindas mujeres de turgente seno, de busto escultural, mirar profundo... en fin el salón lleno

de todo cuanto hermoso encierra el mundo. Por iguales deseos impelidos damas y caballeros, sintiendo la impresión de lo agradable, se lanzaron al baile confundidos, al preludiar la orquesta los primeros compases de aquel vals incomparable, que lleva entre sus notas escondido, por misterioso arcano, sensaciones de amor desconocidas que tienen lo divino de lo humano.

Solo faltaba ella, la que inspira los tranquilos acordes de mi lira, la que ostenta en su boca perfumada un tesoro de perlas y corales; la que lleva en sus ojos retratada la promesa de amores celestiales; la que da con su aliento vida á las flores y perfume al viento; la bella entre las bellas, la que escucha feliz de mí deaveto, ¡la que tiene por ojos dos estrellas que prestan brillo al sol y luz al cielo!

Pero si al fin colmó el cielo mi ventura, y aquella deliciosa criatura, admirable ideal, encantadora, penetró en el salón deslumbradora esparciendo raudales de hermosura. Al verla entrar allí, volé á su lado, y absorto al contemplar aquel divino ejemplar á la tierra transportado, estrechando su talle modelado, el vals nos arrastró hacia el torbellino.

Su hermosura ideal, indescriptible, su aspecto vaporoso, su semblante risueño y apacible, los giros de aquel vals vertiginoso, los extraños vapores de que estaba la atmósfera impregnada, la diáfana mirada de aquellos ojos garzos seductores, la inñaja, el ambiente, mi extravío, su sin par gentileza, su aliento confundido con el mío... ¡En aquel grato instante de mi vida hubiera yo perdido la cabeza á no haberla tenido ya perdida!

¡Hermoso amanecer! La luz primera á su arrojé el espacio recorriendo; el sol, que comenzaba su carrera, sus vivos resplandores difundiendo por el cóncavo inmenso del vacío; las aves sacudiendo su plumaje y entonando el eterno ¡pio! ¡pio! la brisa murmurando entre el follaje, embelesado el hombre ante el cuadro grandioso que vibra en el cielo la luz del nuevo día, en mis labios un nombre...

TIJERETAZOS

Des un periódico que en el territorio de Marzuco ha aparecido un tijereta. Era lo único que se faltaba á todo imperio para ser feliz.

Y ya lo tiene.

Leemos:

«Han sido declarados cesantes tres médicos higienistas de Sevilla.

La prensa de aquella capital comenta estas cesantías, preguntando si obedecen á la necesidad de hacer economías. Así, así.

Vivan las economías y abajo la salud.

¿Quién piensa en ella?

Los periódicos de Madrid hablan de la botadura del «Carlos V» que se ha de hacer en Cádiz.

Y con este motivo dicen que en Cádiz las fondas están llenas de forasteros.

¡Ni que se tratara de una cosa nunca vista!

Aquí, cuando echamos un barco á

EL HILO DEL DESTINO.

329

¡Como hacer para combinar su tener con su desear...

¡Dichosa idea!

El niño que María había tenido en la falda, conservándole como guardado á su rabor, en tanto que Angélica hablaba, había ahora dejado sus brazos, y se había aproximado al artista.

Pablo le puso el ramo de flores en las manos.

La criatura lo tomó con alegría, y aspiró con infantil deleite su grata fragancia.

—Flores—dijo,—flores.

—Para María—dijo el artista en baja voz.

El niño no necesitó segunda indicación.

Corrió con ellas hacia la joven, y se las echó en la falda.

Angélica lo cogió en los brazos, y lo besó con delirio.

Enseguida se despidió de Antonia con el mayor afecto, y de María con una mirada larga, tierna y apasionada que llamó toda la sangre del cuerpo de la doncella, á sus mejillas... y se fue Pablo, y aun María creía tenerlo delante, y aun permanecía con los ojos bajos, el rostro encendido, las manos con laxitud caídas sobre las flores, abstraída y silenciosa.

Antonia siempre activa y dedicada á sus deberes y obligaciones domésticas, no bien se halló libre de su visita, procedió á ejecutar sus tareas diarias, y que-

328 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

seguir cultivando un conocimiento empezado muchos meses antes de conocer, ni ella, ni yo, nuestra iná-tas existencia.

María tenía los ojos bajos; los alzó ahora, y los fijó en el rostro escitado del pintor.

—Con gusto—replicó.—Motivos inolvidables, motivos de gratitud, doblan el deseo de conocerla mejor.

—Sí, sí,—interrumpió Antonia—venga usted cuando quiera. Siempre tendremos el mayor gusto en recibirle de noche, á toda hora...

—Gracias por tantas bondades—dijo Pablo,—y ya temeroso de haber dicho demasiado, ó de arriesgar demasiado, si aun se quedaba allí, se dispuso á terminar su visita.

Aun tenía en la mano el ramo de flores que con tanto esmero había formado.

¿Qué iba á hacer con él?

¡Cuál no hubiera sido su gusto, si se hubiera atrevido á ofrecérselo á María, cumpliendo con el objeto que lo indujo á formarlo! pero ¿como determinarse y explicarse tanto, tanto en una primera entrevista y delante de testigos?

Imposible le era resolverse á ello; y sin embargo, otras manos que las de ella no quería que le llevasen.

EL HILO DEL DESTINO.

325

Angélica dirigió la vista á la abierta ventana, y vió la luna remontándose al frente de ella.

En aquel momento iluminó la habitación y dejó caer su reflejo sobre la joven.

La cercó una dulce aureola de plateada luz, su rostro hechicero se cubrió de los pálidos reflejos, y tan delicioso cuadro representó María, un medio de aquella claridad que la cercaba, que Pablo, en el fervor de su entusiasmo, como artista y como amante, creyó tener ante sus ojos una visión celeste.

—La virgen—dijo una voz entre suave, serena, infantil, intérprete fiel de los sentimientos misteriosos que cruzaban por el alma del pintor; y el niño que María tenía en la falda, le echó los brazos alrededor del cuello, y la besó repetidas veces.

Era estraña la palabra dicha por la criatura, y su acierto en la comparación á su tierna edad, y cuando apenas podía articular sino unas cuantas frases.

Antonia al oírlo se rió, como solo una madre sabe reírse de las gracias de su hijo, y después que hubo desahogado su satisfacción materna, le explicó á Pablo, lo que Angélica había ya comprendido, que el niño enseñado por ella á venerar la imagen sagrada de su madre de Dios, había creído verla representada por María en aquel momento vestida como estaba con su manto negro, y habiendo oído á su ma-